

¡Ay, qué prado de pena!

¡Ay, qué puerta cerrada a la hermosura!,  
que pido un hijo que sufrir, y el aire  
me ofrece dalias de dormida luna.

¡Ay, pechos ciegos bajo mi vestido!

¡Ay, palomas sin ojos ni blancura!

¡Ay, qué dolor de sangre prisionera  
me está clavando avispas en la nuca!

Pero tú has de venir, amor, mi niño,  
porque el agua da sal, la tierra fruta,  
y nuestro vientre guarda tiernos hijos  
como la nube lleva dulce lluvia.